

XXXII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO/ B

1R 17, 10-16

Salmo 145

Hb 9, 24-28

Mc 12, 38-44

1. La referencia del evangelio a una viuda que da de limosna cuanto tenía para sus propias necesidades, ha atraído a la lectura primera el relato de esta viuda del Antiguo Testamento que comparte con el profeta Elías cuanto tenía para su propia alimentación y para la de su familia.

La historia de la viuda de Sarepta es una típica narración profética, cuyo sentido es contar el cumplimiento de un oráculo. Sarepta de Sidón no pertenecía al dominio del rey Ajab. En contraste con la reina Jezabel que va imponiendo el culto a Baal, una viuda, también fenicia, presta obediencia a Yahvé, Dios de Israel. Aquí se resalta la grandeza de quien recibe con fe la palabra del Señor: No le faltara lo necesario.

2. Cristo no nos pide que demos mucho o poco, sino que lo compartamos todo. A eso se refería san Pedro cuando decía: "¿Y nosotros que lo hemos dejado todo por ti?" Los Hechos de los Apóstoles nos relatan que en la primera comunidad cristiana nadie pasaba necesidades porque los que tenían lo traían a la reunión de la comunidad y se compartía entre todos. Y, la gente decía: "Mirad cómo se aman". Para nuestro dolor comprobamos muchas veces que los más generosos son precisamente los más pobres. Comprobamos con dolor muchas veces que los que son ricos lo son porque no comparten. De cualquier manera puede ser entendido lo de "bienaventurados los pobres de espíritu" menos creyendo que son bienaventurados los egoístas, los que acumulan, los que se aseguran a sí mismos sin compartir con nadie.

3. Si en los domingos anteriores, la carta a los hebreos nos ha dejado claro que Jesús es el único y definitivo sacerdote, pontífice, intermediario, hoy nos subraya que Jesús ofreció el sacrificio de su vida una sola vez y para siempre. Cristo se ha ofrecido, dice la carta, una sola vez para quitar los pecados de todos. Ese "una sola vez" significa que no necesita ofrecerse de nuevo porque ese sacrificio, el de su vida entera ante Dios, sacrificio de valor infinito, permanece enteramente ante El. Ni Cristo necesita ofrecerse de nuevo, ni nuestros pecados necesitan otro sacrificio para ser borrados. Por grandes o terribles que hubieran sido o sean nuestros pecados, más grande es el amor de Dios que se ofreció a sí mismo por ellos para demostrarnos lo incondicional de su amor hacia nosotros. No es bueno que pequemos, pero si pecamos, es bueno que recordemos que tenemos un abogado defensor infalible e indefectible que nos asegura que Dios nos sigue amando no porque nosotros seamos buenos, sino porque El lo es.

4. - En el Evangelio, una vez más, deja bien claramente establecido cómo no quería que fuera su Iglesia. La lista de reproches que Jesús hace a los dirigentes doctrinales del pueblo israelita es durísima. Jesús no quiere por nada del mundo

que su Iglesia funcione como los escribas y los fariseos. Jesús no quiere que en su Iglesia se predique algo que no se cumpla, no quiere que haya incoherencia entre lo que se diga creer y lo que se viva en ella, no quiere que se diga una cosa y se haga otra.

Jesús quiere que los dirigentes de la Iglesia vivan para los pobres y no de los pobres. Jesús no quiere que en su Iglesia se actúe para ser visto y alabado. Jesús no quiere en su Iglesia quien, con el pretexto de dedicarse a la oración, devore los bienes de los pobres. Y recordemos que viuda y huérfanos eran el prototipo de "pobres" en Israel.

Se trata, dice Jesús, en el Evangelio, de compartir lo que se tiene, no lo que sobra. Dar lo que sobra, lo que no necesitamos, es una obligación, porque lo que no es nuestra necesidad no es nuestro, sino de quien lo necesita. Se trata de compartir por amor, pero compartir.

En los criterios de Cristo no da más quien da más cantidad, sino quien da todo lo que tiene, aunque sea muy poco. Se trata de que se renuncie a todos los bienes para poder ser discípulo de Cristo, se trata de que esos bienes sean puestos al servicio de la comunidad y compartidos con todos.

Por eso como contraste de los escribas y fariseos, Jesús descubre y alaba la grandeza de quien echa para el templo dos reales. Sólo con una gran sensibilidad para lo auténtico se puede descubrir toda la plenitud de esta acción apenas insignificante. Jesús percibe la autenticidad de la relación de aquella pobre mujer con Dios; en el don se da ella; y lo hace sin instrumentalizar el don, sin buscar el propio honor ni la propia autosatisfacción de quien cree hacer con su dinero algo por Dios: La cantidad del don no daba pie para ello: pero Jesús ejerce su juicio: "Esta ha echado más que nadie".

Padre Antonio Díaz Tortajada